

19.º domingo ordinario C



*La fe es seguridad de lo que se espera
y prueba de lo que no se ve. (Hb 11,1)*

Primera lectura

Sabiduría 18,6-9

Aquella noche se les anunció de antemano a nuestros padres, para que tuvieran ánimo al conocer con certeza la promesa de que se fiaban. Tu pueblo esperaba ya la salvación de los inocentes y la perdición de los culpables. Pues con una misma acción castigabas a los enemigos y nos honrabas llamándonos a ti. Los hijos piadosos de un pueblo justo ofrecían sacrificios a escondidas y de común acuerdo se imponían esta ley sagrada: que todos los santos serían solidarios en los peligros y en los bienes; y empezaron a entonar los himnos tradicionales.

Segunda lectura

Hebreos 11,1-2.8-12

Hermanos y hermanas: La fe es seguridad de lo que se espera y prueba de lo que no se ve. Por su fe son recordados los antiguos, por fe obedeció Abrahán a la llamada y salió hacia la tierra que iba a recibir en heredad. Salió sin saber a dónde iba. Por fe vivió como extranjero en la tierra prometida, habitando en tiendas – y lo mismo Isaac y Jacob, herederos de la misma promesa – mientras esperaba la ciudad de sólidos cimientos cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios. Por fe también Sara, cuando ya le había pasado la edad, obtuvo fuerza para fundar un linaje, porque se fió de la promesa. Y así, de una persona, y ésa estéril, nacieron hijos numerosos como las estrellas del cielo y como la arena incontable de las playas.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas; vosotros estad como los que aguardan a que su señor vuelva de la boda para abrirle apenas venga y llame. Dichosos los criados a quienes el señor, al llegar, los encuentre en vela: os aseguro que se ceñirá, los hará sentar a la mesa y les irá sirviendo. Y si llega entrada la noche o de madrugada, y los encuentra así, dichosos ellos. Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora viene el ladrón, no le dejaría abrir un boquete. Lo mismo vosotros, estad preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre.

Meditación

La vida de fe impone trascender las ocupaciones mismas en que debemos empeñarnos. La revelación no se nos da en tranquila posesión, sino en promesa. Exige caminar vigilantes, sin saber con certeza a dónde – como Abrahán (segunda lectura) –, ni cuando – como el siervo del Evangelio. La confianza al caminar brotará en parte del carácter comunitario de esa fe. Los que creen se verán mutuamente apoyados en una misma fe y esperanza al sentirse "solidarios en los peligros y en los bienes (primera lectura)".

Mostrando al hombre su auténtica riqueza, Jesús le ha convertido en ser inquieto. Ya no puede descansar mientras anhela esa fortuna, ni dormir mientras espera al Señor hora tras hora. Por eso se precisa: "Tened ceñida la cintura...; estad como los que guardan a que su Señor vuelva ... para abrirle apenas venga" (12,36). No importa que el amo venga en una hora prefijada. Lo que se pierde es el vivir en la tensión de su llegada, el ocuparse en los misterios de ese reino que no llama abiertamente a nuestra puerta pero existe allá en el fondo de la noche y determina nuestra espera.

19.º domingo ordinario C



*La fe es seguridad de lo que se espera
y prueba de lo que no se ve. (Hb 11,1)*

Primera lectura

Sabiduría 18,6-9

Aquella noche se les anunció de antemano a nuestros padres, para que tuvieran ánimo al conocer con certeza la promesa de que se fiaban. Tu pueblo esperaba ya la salvación de los inocentes y la perdición de los culpables. Pues con una misma acción castigabas a los enemigos y nos honrabas llamándonos a ti. Los hijos piadosos de un pueblo justo ofrecían sacrificios a escondidas y de común acuerdo se imponían esta ley sagrada: que todos los santos serían solidarios en los peligros y en los bienes; y empezaron a entonar los himnos tradicionales.

Segunda lectura

Hebreos 11,1-2.8-19

Hermanos y hermanas: La fe es seguridad de lo que se espera y prueba de lo que no se ve. Por su fe son recordados los antiguos, por fe obedeció Abrahán a la llamada y salió hacia la tierra que iba a recibir en heredad. Salió sin saber a dónde iba. Por fe vivió como extranjero en la tierra prometida, habitando en tiendas – y lo mismo Isaac y Jacob, herederos de la misma promesa – mientras esperaba la ciudad de sólidos cimientos cuyo arquitecto y constructor iba a ser Dios.

Por fe también Sara, cuando ya le había pasado la edad, obtuvo fuerza para fundar un linaje, porque se fió de la promesa. Y así, de una persona, y ésa estéril, nacieron hijos numerosos como las estrellas del cielo y como la arena incontable de las playas.

Con fe murieron todos éstos, sin haber recibido la tierra prometida; pero viéndola y saludándola de lejos, confesando que eran huéspedes y peregrinos en la tierra. Es claro que los que así hablan, están buscando una patria; pues si añoraban la patria de donde habían salido, estaban a tiempo para volver. Pero ellos ansiaban una patria mejor, la del cielo. Por eso Dios no tiene reparo en llamarse su Dios, porque les tenía preparada una ciudad.

Por fe Abrahán, puesto a prueba, ofreció a Isaac: y era su hijo único lo que ofrecía, el destinatario de la promesa, del cual le había dicho Dios: "Isaac continuará tu descendencia." Pero Abrahán pensó que Dios tiene poder hasta para resucitar muertos. Y así recobró a Isaac como figura del futuro.

Evangelio

Lucas 12,32-48

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el Reino. Vended vuestros bienes y dad limosna; haceos talegas que no se echen a perder, y un tesoro inagotable en el cielo, adonde no se acercan los ladrones ni roe la polilla. Porque donde está vuestro tesoro allí estará también vuestro corazón. Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas; vosotros estad como los que aguardan a que su señor vuelva de la boda para abrirle apenas venga y llame. Dichosos los criados a quienes el señor, al llegar, los encuentre en vela: os aseguro que se ceñirá, los hará sentar a la mesa y les irá sirviendo. Y si llega entrada la noche o de madrugada, y los encuentra

así, dichosos ellos. Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora viene el ladrón, no le dejaría abrir un boquete.

Lo mismo vosotros, estad preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre.

Pedro le preguntó: – Señor, ¿has dicho esa parábola por nosotros o por todos?

El Señor le respondió: – ¿Quién es el administrador fiel y solícito a quien el amo ha puesto al frente de su servidumbre para que les reparta la ración a sus horas? Dichoso el criado a quien su amo al llegar lo encuentre portándose así. Os aseguro que lo pondrá al frente de todos sus bienes. Pero si el empleado piensa: "Mi amo tarda en llegar", y empieza a pegarles a los mozos y a las muchachas, a comer y beber y emborracharse, llegará el amo de ese criado el día y a la hora que menos lo espera y lo despedirá, condenándolo a la pena de los que no son fieles. El criado que sabe lo que su amo quiere y no está dispuesto a ponerlo por obra, recibirá muchos azotes; el que no lo sabe, pero hace algo digno de castigo, recibirá pocos.

Al que mucho se le dio, mucho se le exigirá; al que mucho se le confió, más se le exigirá.

Meditación

La primera parte del texto constituye una continuación del tema de la riqueza. Rico para el mundo era el que estaba ahogado en su riqueza, era el gentil que pretendía asegurar su realidad en los haberes (bienes y dinero). Rico para Dios era el que estaba abierto a la confianza que conduce al reino y compartía sus bienes con los otros. Sobre ese fondo se decía: "buscad primero el reino de Dios y todo lo demás se os dará por añadidura".

En este contexto se sitúa una de las revelaciones fundamentales de todo el evangelio: "no temas, pequeño rebaño; porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino". El grupo que no tiene nada y se asombra de todos los bienes del Cristo parece pequeño y es grande. "Ha tenido a bien daros el reino". No se trata de darlo más tarde, cuando mueran los ricos y cambien las formas del mundo. En este mismo instante, los creyentes de la iglesia están siendo ya creyentes porque aman, porque tienen en el centro de sus vidas la confianza, porque esperan. Son grandes, en fin, porque el mismo Dios se le presenta como "Padre", es el tesoro en que se funda y enriquece su existencia.

Por el hecho de que Dios sea su padre y vivan ya al misterio de su reino es a la vez una exigencia. Por eso se añade que es preciso "atesorar para ese reino". ¿Cómo? Convirtiendo nuestros bienes en limosna. Haciendo que nuestra vida sea una alegría para el triste, ayuda para el pobre, fuente de comida para aquél que pasa hambre. Con vieja palabra se añade que el corazón del hombre anida allí donde se encuentra su tesoro. Es corazón para este mundo si sus bienes son del mundo. Corazón que está en el cielo si sus bienes son del cielo (los necesitados y los pobres).

Con esto penetramos en la segunda parte del texto. Mostrando al hombre su auténtica riqueza, Jesús le ha convertido en ser inquieto. Ya no puede descansar mientras anhela esa fortuna, ni dormir mientras espera al Señor hora tras hora. Por eso se precisa: "Tened ceñida la cintura...; estad como los que guardan a que su Señor vuelva ... para abrirle apenas venga". No importa que el amo venga en una hora prefijada. Lo que se pierde es el vivir en la tensión de su llegada, el ocuparse en los misterios de ese reino que no llama abiertamente a nuestra puerta pero existe allá en el fondo de la noche y determina nuestra espera.

La vida vigilante no es una simple expectación, mantenerse en el vacío de un anhelo de futuro. Pedro ha preguntado, planteando este problema: "¿Lo has dicho por nosotros o por todos?". Jesús no ha necesitado ampliar su exigencia. Vuelve hacia lo mismo y cuenta la parábola del administrador que puede ser fiel o malvado.

Esta parábola nos muestra que el tiempo de la espera se precisa como tiempo de servicio, porque el reino se refleja ya de forma decisiva en nuestra vida. La vigilancia que se le pide se traduce en un servicio en favor de los demás. A todos se confía un tipo de servicio en el tiempo de la espera. La riqueza del reino se traduce para todos a manera de amor que dirige hacia los otros. Aquél que ha recibido el gran tesoro que le hace rico para Dios empieza a ser inmediatamente (tiene que ser inmediatamente) fuente de amor para los hombres.